

Una política pragmática y de valores

Manuel Sánchez-Montero
Director, Acción Humanitaria y Desarrollo, FRIDE
y Velina Stoianova
Investigadora, Acción Humanitaria y Desarrollo, FRIDE

La última vuelta de tuerca del conflicto israelí-palestino se ha dado con el episodio de estas últimas semanas en Gaza.

La estrategia de asfixia progresiva de la población palestina, desarrollada desde hace décadas por el Estado israelí, es asimilable a la seguida por ambas partes respecto del menosprecio por el derecho internacional humanitario (DIH).

Por un lado, al utilizarse a la población civil (tanto en Gaza como en Sderot o Ashkelón) como objetivos de provocación o escudos y camuflaje de milicias y baterías de cohetes por parte de Hamás, y por otro lado al obviarse la presencia de estas poblaciones y emplear métodos de combate desproporcionados y suficientemente agresivos como para arrasar escuelas, almacenes u hospitales, bien sean locales o espacios bien señalizados y teóricamente protegidos por el derecho internacional y donde las agencias humanitarias operan desde hace años.

Aunque el derecho internacional humanitario especifica que sólo aquellos que toman parte en las hostilidades pueden ser objetivos militares, en los últimos años parece haberse llegado a la aceptación tácita de que sólo se trata de intentar minimizar los daños a la población civil que inevitablemente se ve atrapada en los conflictos. En este sentido, la política militar israelí, consistente en atacar cualquier elemento vinculado con Hamás desde infraestructuras públicas como carreteras, el puerto pesquero o la universidad islámica a instalaciones gubernamentales, obedece a la lógica de que "hay distintos aspectos de Hamás y nosotros intentamos golpear todo el espectro, dado que todos están conectados y todos apoyan actividades terroristas", según ha comentado un alto oficial militar israelí en el Washington Post. En la misma línea queda el ataque repetido a personal, convoyes de distribución de ayuda o instalaciones de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestina en Oriente Próximo (UNRWA), con el coste de decenas de víctimas por parte de esta agencia de Naciones Unidas (ONU) cuya labor el gobierno israelí dice respetar, pero cuya neutralidad ha cuestionado.

Ya no es sólo en Bagdad (y no son sólo los movimientos insurgentes o grupos terroristas) donde se ataca una oficina de Naciones Unidas o una sede del movimiento internacional de la Cruz Roja.

El uso del DIH a antojo no es exclusivo de las partes en conflicto. La comunidad internacional ha hecho gala, una vez más, de un uso convenientemente encajado en la agenda política que supone dimensionar y sobreponer el aspecto humanitario del conflicto y la visibilidad de sus acciones de respuesta sin entrar, al mismo tiempo, de forma contundente en el tratamiento del mismo para promover la solución pacífica de las controversias e intereses.

Aunque la situación de la población en Gaza sea en estos momentos dramática como consecuencia del ataque militar israelí iniciado el pasado día 27 de diciembre, la miseria de la franja se lleva gestando desde hace años merced del bloqueo internacional a las actividades del gobierno de Hamás y debido al severo asedio al que Israel, con la necesaria colaboración de Egipto, sometieron la franja el pasado año. La dependencia de la población gazarí de la ayuda humanitaria para cubrir sus necesidades más básicas ha incrementado dramáticamente, hasta llegar a un 80 por ciento de dependencia de, por ejemplo, la distribución de alimentos llevada a cabo por las distintas agencias de la ONU.

Por otra parte, no hay que olvidar que casi 1 millón de un total de millón y medio de gazaríes son refugiados y muchos de ellos llegaron a la franja huyendo de la primera guerra árabe-israelí en 1948. Más de la mitad de la población son niños. Esta estructura demográfica de la población de Gaza explica su alta dependencia de la labor de las agencias humanitarias con más de 40.000 personas buscando refugio en instalaciones de la UNRWA durante la última crisis, mientras que los impedimentos de acceso que estas agencias están sufriendo justifican el dramático deterioro de la situación humanitaria en la franja. En palabras del director de la Oficina de UNRWA en Nueva York, "si esto fuese Darfur, la gente al menos podría huir y entrar a los estados vecinos". Pero Gaza no es Darfur y el hermético cierre de las fronteras, controladas por Israel y Egipto ya desde el abandono de la franja por parte de Israel en 2005, representa un grave peligro tanto para el acceso a las víctimas del conflicto, como para su protección.

No obstante los devastadores efectos del bloqueo de Gaza y del ataque militar israelí, el drama que vive la franja no es una crisis humanitaria debido a las necesidades extremas de su población, y ni siquiera la dimensión de sus necesidades es ni será del orden de las que desde hace décadas sufren las poblaciones de Darfur o la República Democrática del Congo. Sin embargo, una nueva conferencia de donantes y las decisiones financieras ad hoc de los actores de la comunidad internacional, especialmente la Unión Europea, fluirán sobre Palestina, sin contribuir a acabar con la escalada de violencia ni el dilema de seguridad que imperan también desde hace décadas.

Hasta que no se traten los elementos políticos y de seguridad claves del conflicto y mientras no se asegure el respeto por ambas partes de los principios humanitarios, cualquier esfuerzo de reconstrucción de Gaza y de rehabilitación para el retorno a una vida normal para sus habitantes será fútil, ineficaz y un mero señuelo a la espera de que una nueva intervención militar israelí en pos del derecho de defenderse eche a perder los esfuerzos financieros de la comunidad internacional. La necesidad del retorno a la política es más acuciante que nunca y la inoperatividad, la falta de visión o de voluntad política de la comunidad internacional no pueden seguir compensándose con miles de millones de euros en ayuda que, como en el pasado, van a tener un dudoso impacto en la mejora de las condiciones de vida de la población civil.

Precisamente es en ese dilema de seguridad en el que la comunidad internacional articula su agenda en el conflicto palestino-israelí y en Oriente Medio en general, al asumir que la estabilidad regional se defiende mejor por medio de la delegación de la seguridad con actores intermedios que, a modo de fuerzas de choque, son cada vez más aceptados como guardianes y vanguardias de tesis e intereses en lugar de enfrentarse directamente con consecuencias potenciales más impredecibles y vertiginosas (imaginemos ese enfrentamiento norteamericano-iraní o saudí-iraní) quizás a la manera de Irak.

Ante esa estrategia, el cierre del círculo es el reconocimiento y la exigencia de responsabilidades por las víctimas que provoca la gestión delegada de la seguridad haciendo que la agenda humanitaria reemplace la de la política internacional y se canalicen ingentes recursos financieros y esfuerzos diplomáticos para algo esencial pero insuficiente: el acceso a los derechos esenciales

y la protección de víctimas. Sin embargo, este impulso se diluye al tratarse de aspectos clave para la producción de más víctimas, como son, entre otros, el apoyo de medidas que consoliden la democracia en ambos bandos, la inclusión de fuerzas políticas representativas -como Hamás- (y no su satanización) que encapsulen progresivamente a las facciones más radicales (sean islamistas o ultraortodoxas).

A cambio, organizaremos otra conferencia de donantes que comprometerá ingentes recursos para la reconstrucción de Gaza con serias dudas sobre la eficacia de su gestión (y por tanto su impacto real en la vida de los gazaríes). Y, además, si seguimos empeñados en utilizar estos recursos y capital político e institucional en reforzar a una Autoridad Nacional Palestina ausente de Gaza, inoperante y opaca en la gestión no conseguiremos ninguno de los objetivos centrales que persiguen la ayuda humanitaria y la reconstrucción: mejorar las condiciones de vida para asegurar el acceso a los derechos esenciales, así como la construcción de un Estado (o al menos algo similar) que garantice este acceso de forma sostenible y democrática.

Desde 2006 los programas de apoyo institucional, rehabilitación y reconstrucción en Gaza han estado parados o han sido canalizados a través de instituciones internacionales y locales, desprovistos de la legitimidad y la capacidad política para promover un desarrollo sostenible o una capacidad real de gestión, además de no haber ayudado a integrar una fuerza política con liderazgo indiscutible en la franja sino a radicalizarla.

Negar la interlocución a Hamás no es inteligente, además de prevenir la participación en cualquier proceso de uno de los protagonistas del conflicto. Ya se dieron cuenta de lo mismo en otros momentos o lugares aquellos que rechazaban lo mismo ante el Haganah, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) o los Talibanes en Afganistán, un debate ahora abierto.

Negar el pan y la sal a las facciones moderadas de Hamás ayuda a dar otra vuelta de tuerca a favor de más violencia y la estrategia de terror que, tanto en Gaza como en Israel, sólo dan resultados a corto plazo (electorales, adhesiones temporales de grupos diversos ante la amenaza común y la percepción de inseguridad), aunque a largo plazo sean una trampa por su insostenibilidad.

Algunos vaticinan el nacimiento del siglo XXI en política, una política inspirada en valores y en la inclusión y el diálogo. Apliquemos valores (derecho internacional en el sentido amplio y específicamente los derechos humanos y el derecho humanitario) a un diálogo inclusivo e inteligente en la política para evitar que esta vuelta de tuerca no tenga vuelta atrás y perdamos, además de la guerra, los valores que nos inspiran.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org